



MEDITACION
ACTO EUCARISTICO INAUGURAL
ASAMBLEA EPISCOPAL CXIV
7 DE JULIO 2020.

Junto a los canales de Babilonia nos sentamos, y lloramos con nostalgia de Sión. En los sauces de sus orillas colgábamos nuestras cítaras. Allí mismo los que nos deportaron nos pedían canciones, nuestros opresores, canciones alegres: Cántennos una canción de Sión. ¡Cómo cantar un canto del Señor en tierra extranjera! Si me olvido de ti, Jerusalén, que se me paralice la mano derecha, que se me pegue la lengua al paladar si no me acuerdo de ti, si no exalto a Jerusalén como colmo de mi alegría. A los idumeos, Señor, tenles en cuenta el día de Jerusalén, cuando incitaban: ¡Desnúdenla, desnúdenla hasta los cimientos! ¡Capital de Babilonia, destructora, Dichoso el que te pague el mal que nos has hecho! (Salmo 137)

Centrándonos en Cristo presente en la Eucaristía, damos inicio a nuestra Asamblea Episcopal CXIV. Con un estilo diverso, debido a la emergencia sanitaria que golpea a nuestra nación y al mundo entero. Pero, desde este altar donde todos nos sentimos unidos y convocados por la Palabra y por el Cristo Eucaristía, nos encomendamos a la gracia de Dios. Oramos por el buen desenvolvimiento de nuestra Asamblea Episcopal y pedimos las luces del Espíritu para que podamos reafirmar nuestro servicio al pueblo al cual pertenecemos.

El salmo 137 que hemos proclamado hace unos momentos nos permite iluminar la situación que vivimos desde hace mucho tiempo y, ahora, endurecida por la pandemia que nos acosa y nos coloca ante situaciones de peligros mayores. Es un salmo que nos habla de la actitud del pueblo que atraviesa la amarga experiencia del “exilio”. El pueblo de Israel ha sufrido a causa de la mala conducta de sus dirigentes y está en una situación de desbandada y de desprotección. Quienes han sido causantes de esa tragedia viven más preocupados por un retorno que les permite acceder a sus viejas posiciones; no falta quienes se hacen los desentendidos y se acomodan. Pero el “resto” de Israel sufre porque quiere cantar un cántico de Sión, casi imposible, por estar en “tierra extranjera”.

Ante la presencia del “**sacramento de piedad, signo de unidad y vínculo de caridad**”, según la enseñanza de San Agustín, estamos invitados a meditar unos minutos acerca de la situación que vivimos. Habrá tiempo para análisis y pronósticos. Quizás haya demasiados. Pero pocas veces parece haber tiempo para encontrar la explicación desde la Palabra. Peor aún, como que se nos escapan las oportunidades para retomar el camino y hacerlo con los principios brotados del Evangelio de salvación.

Estamos ante una realidad cierta: aunque vivimos “territorialmente” en nuestra patria, sentimos que se ha convertido en “**tierra extranjera**”. Nos la han convertido en “**tierra extranjera**”, no sólo porque se ha ido permitiendo que sea un ámbito donde lleguen naciones de otras latitudes a saquear nuestras riquezas; o porque se ha permitido que Venezuela se convierta en una ficha más y cualquiera del ajedrez geopolítico mundial. Hay otra característica que endurece esta sensación de estar en “**tierra extranjera**”: el empobrecimiento creciente de nuestro país, lleno de inmensas riquezas; el menosprecio de la verdadera razón de ser del desarrollo del país, como es la gente; el ver con total indefensión cómo lo que se necesita para una sana convivencia ya casi no existe: ni la energía eléctrica, ni el agua, ni la gasolina, ni los insumos medicinales y alimenticios, ni la moneda propia, ni la honestidad de los gobernantes... Hemos pasado de un país boyante a un país destruido, sin un aparato productivo que genere bienestar y trabajos, sin instituciones públicas que estén de verdad al servicio de todos... Por esas cosas y otras muchas más, surge la interrogante del salmista: “**¿Cómo cantar un canto al Señor en tierra extranjera?**”

Sí. **¿Cómo cantar un canto al Señor en tierra extranjera?** Sobre todo cuando vemos a una dirigencia política que se atornilla en su poder hegemónico y oprime a todos, burlándose de los que sufren y de los más pobres. Ante todo, cuando observamos una dirigencia política que, lejos de ser verdadera oposición, lo que busca es satisfacer su ansia de poder y el regreso, no al servicio de los demás sino a la satisfacción de sus propios intereses. En esa “**tierra extranjera**” sólo se preocupan de la Iglesia para que les apoye en acuerdos y decisiones que no tienen en cuenta al pueblo.

Sí. **¿Cómo cantar un canto al Señor en tierra extranjera?** Porque ésta, lejos de ser la tierra de las riquezas auténticas, se ha convertido lamentablemente en el lugar propicio para la opresión, la corrupción, la prepotencia y el menosprecio de la dignidad humana y sus derechos fundamentales. Una nueva tierra extranjera donde predomina la destrucción de la naturaleza para el vil enriquecimiento de unos pocos, como sucede con el “arco minero”. Una nueva tierra extranjera donde sobrevivir pareciera la norma de vida, ante la presencia de grupos irregulares, del narcotráfico, de las mafias que trafican con personas, de las pretensiones intervencionistas de otros... una tierra propia de los venezolanos que están viviendo como “extranjeros” en ella.

Sí **¿Cómo cantar un canto al Señor en tierra extranjera?** Donde está creciendo la mediocridad y el conformismo; la falsa idea de una esperanza que radica en el anhelo de que sea otro el que venga a solucionarnos, los problemas. Donde la mala conducta del “aventajado” que se aprovecha de todo y desprecia a los demás se va haciendo anti-cultura; donde se dejan atrás los principios morales para sucumbir ante las ideologías deshumanizantes; donde, sacrificando las convicciones políticas y sociales, se prefiere el acomodo, la connivencia y el buscar estar “enchufado”...

Sí ¿Cómo cantar un canto al Señor en tierra extranjera? Es el clamor de tantos hermanos nuestros, que hacemos propio por ser ministros del Dios de la vida y de la justicia. Es el clamor que tratamos de hacer llegar a Dios para que nos dé la fuerza de su Espíritu y así tener no sólo las luces sino también el entusiasmo y la decisión -es decir, la parrhesía- para continuar siendo compañeros de un camino de liberación para nuestro pueblo

Como lo dice el salmista, quienes han convertido Venezuela en tierra extranjera, los que no se han comprometido de verdad con la gente y sólo buscan satisfacer sus intereses particulares y ansia de poder, piden que la gente cante un himno a Dios. Pero lo mejor del caso es que ese pueblo está cantando el verdadero canto a Dios: el de su confianza en Él, el de la solidaridad extrema al compartir lo poco que se tiene desde la pobreza. Es el canto de la auténtica esperanza que radica en su voluntad de ir adelante y de ser protagonista, sujeto social de la transformación que necesita Venezuela. Es el canto de liberación, es decir, por la justicia, la libertad, la verdad y la caridad operante. Pareciera que los que no se sienten pueblo, quienes prefieren una Venezuela como “**tierra extranjera**” no son capaces de escuchar ese verdadero canto... no el que ellos quisieran oír.

Hoy comenzamos un nuevo encuentro episcopal. Como pastores conscientes de nuestra misión y sin temor a decir que pertenecemos al mismo pueblo que sufre, podemos decir que en esta Asamblea nos hacemos eco del verdadero canto al Señor que entona el pueblo que sufre la opresión al estar en “**tierra extranjera**”. Cantamos sus himnos de esperanza y libertad; entonamos sus coplas y fulías llenas de lamentos; disfrutamos de sus canciones de confianza en el Dios de la pascua liberadora. Es el canto que tiene sabor a pueblo, ese pueblo olvidado por quienes se consideran dueños del poder o quieren acceder a él por propios intereses... Es el canto con la melodía alegre de hombres y mujeres buenos de nuestra patria; es la melodía armoniosa entonada con las notas llenas de ejemplo, dedicación a los más pobres y fortalecidas con la sabiduría de José Gregorio Hernández, próximo beato.

Ante Jesús presente, a quien renovamos la consagración de Venezuela a Él, los Obispos de Venezuela pedimos su fuerza para que en esta Asamblea episcopal que comenzamos, se vuelva a escuchar, aun estando en “**tierra extranjera**” el canto al Dios de la Vida: Un cántico de alabanza, ciertamente, pero que es entonado desde los corazones de un pueblo que clama, lucha y se compromete por la verdad, la justicia y la liberación en el amor que viene De Jesús Sacramentado. Amén

+MARIO MORONTA R., OBISPO DE SAN CRISTÓBAL
I VICEPRESIDENTE DE LA CEV.